
FRANCISCO PEREZ
COMPRA Y VENTA DE LIBROS,
TEXTOS, COMEDIAS, MÚSICA
Jacometrezo, 63
MADRID

IRIS DE PAZ

JUGUETE EN UN ACTO Y EN VERSO

POR

JOSÉ ECHEGARAY

MADRID
IMPRENTA DE T. FORTANET
29 — CALLE DE LA LIBERTAD — 29
1877

REPARTIMIENTO.

PERSONAJES.	ACTORES.
MARÍA.................	SRTA. BOLDUN.
JORGE (1).............	SR. VICO.

Época moderna. — La escena en Madrid.

(1) Desde la tercera representacion se encargó del papel de Jorge el Sr. Romea.

ACTO ÚNICO.

La escena representa un gabinete elegantemente alhajado. A la izquierda del espectador una mesa de lujo ú otro mueble análogo. Hácia la derecha un velador y sobre él un quinqué, libros, etc.; á un lado del velador, precisamente en el centro del escenario, un sofá; á la derecha, junto á la chimenea una butaca: sobre la chimenea otro quinqué. En el fondo un balcon: puertas laterales.

ESCENA PRIMERA.

MARÍA.—JORGE.

Al levantarse el telon aparece Jorge tendido casi en el sofá y durmiendo. Su actitud y su cara deben ser algo cómicas, pero no grotescas. María en la butaca, bordando y sin reparar en su marido. La luces de los dos quinqués encendidas.

MARÍA. Y dice gente formal,
que sólo hay llanto en la vida,
ó que si acaso vencida
por ventura terrenal
del destino la fiereza,
el bien llega y el mal huye,
fugaz la dicha concluye

al punto casi que empieza;
que es aire toda ilusion,
y la esperanza espejismo,
y el corazon un abismo,
y otro abismo la razon.
Será así: yo no me opongo.
Pero que vengan aquí:
que nos vean, á él y á mí;
y no más. Yo sólo pongo,
como protesta al dolor,
este ejemplo, y hago punto.
Que me miren á mí junto
á mi esposo y mi señor.
Dirán, — si lo estoy oyendo, —
que ésta es la luna de miel;
pero que al fin para él
y para mí, se irá hundiendo
en el brumoso horizonte
del cansancio y del hastío.
Yo de estas cosas me río:
¡hay quien de todo hace un monte,
y de todo un desengaño,
ó una decepcion amarga!
¡Mi luna de miel ya es larga!
¡lleva de fecha, medio año!
¡Y cada vez brilla más
y en mi cielo está más pura!
¡Luna de miel! de esa altura,
¿verdad que no bajarás?

¡Él hastiarse de mi amor!
¡él cansarse junto á mí!
¡él olvidarme! ¡Sí! ¡sí!
¡Si es muy fácil, sí señor!

(Se rie con risa casi infantil y continúa su trabajo siempre con la cabeza inclinada sobre la labor y sin mirar á Jorge.)

Ahora me estará mirando
bordarle sus zapatillas:
despues vendrá de puntillas;
estará un rato buscando,
entre vestido y cabello,
espacio donde poner
un beso, de su mujer
sobre el inclinado cuello.
Yo daré un grito asustada:
él se reirá como un loco:
y así vamos... poco á poco,
pasaremos la velada.

(Pausa.)

Ya viene. (Jorge continúa durmiendo.)
Sí: ya le siento.
¡Cómo me voy á asustar!
Ya muy cerca debe estar.
Muy cerca: se oye su aliento.

(Jorge respira con alguna fuerza, pero no mucha para que no resulte grotesco.)

Y yo nada: no le miro.
Yo me hago la distraida.

Vamos ¡vida de mi vida!
¡ay!... á ver con un suspiro.

(Pausa.)

Se oculta detrás de mí
de fijo. ¡Cuánto esperar!
Pues ello así ha de acabar,
porque siempre acaba así.
Me pone Juana el cabello (Levantando el pelo.)
tan bajo, que me sofoca.
Vaya, parece una roca... (Bajando el cuello.)
con tanto almidon el cuello.

(Pausa.)

¡Pero qué espera?... ¿Qué hará?...
¡Ya mi paciencia se acaba!

(Levantando la cabeza, mirando á Jorge y viendo que duerme.)

¡Él!... ¡mi Jorge!... ¡y yo pensaba!
¡Durmiendo! ¡durmiendo está!

(El bordado se le cae de las manos, y queda pensativa un rato. Al fin coge la labor con enfado y trabaja febrilmente.)

¡Esta flor es ya muy roja!
¡y este verde es muy oscuro!
¡qué cañamazo tan duro!
¡vaya, y qué lana tan floja!

(Rompe la hebra con enojo y de nuevo se queda mirando á su marido.)

No es un pecado dormir.
Se durmió: cómo ha de ser.

Pues si él se llegara á ver,
bien se habia de reir
contemplando su semblante.
Tienes la boca torcida,
y mucho, bien de mi vida.
¡No estás muy interesante!
Ello es que un chasco me dió
por vez primera mi dueño.
¡No sé cómo tiene sueño,
porque anoche bien durmió!
¡Qué loca soy! ¿Sentirá
en su pecho ya el hastío?
¡Una lágrima! (Pasándose la mano por la mejilla.)
¡Dios mio,
pues no estoy llorando ya!
¡Como es la primera vez
que se cansa junto á mí!
Y yo, que le amo... ¡Ay de mí!
á cualquiera le hago juez
de mi afrenta y confusion.
Baña el llanto mis mejillas:
¡ingrato! ¡pues de rodillas
has de pedirme perdon!
Voy á dormir: tú lo quieres.
Voy á dormir: y muy bien.
¿Por qué no? Vaya: tambien
les da sueño á las mujeres.

(Coge las tenazas de la chimenea y las tira con mucha fuerza: despues, tendida en la butaca, finge que duerme.)

JORGE. (Despertando.)

¡Eh!... ¡qué es eso!... ¿qué ha caido?
Pues señor, me ha dado un sueño...
¿Se habrá enojado mi dueño?
Toma... tambien se ha dormido.
Y es natural... son tan largas
estas noches... que no hay modo...
Sobra tiempo para todo.
(Restregándose los ojos y acabando de despertar.)
Don Jorge de Almeida y Vargas,
pues tú y yo formamos uno,
¿por qué no has de confesar,
esposo, hasta aquí ejemplar,
esposo como ninguno,
cariñoso, dulce, fiel,
y más que ninguno amante,
que ya en su cuarto menguante
está tu luna de miel?
Vamos: di sin cortedad,
¿por qué no has de confesarlo?
Vamos ¿por qué has de negarlo?
¿Por qué? Porque no es verdad.
¡María, mi bien, mi amor!
¡Si no la hay más cariñosa,
más buena, ni más hermosa
desde el Polo al Ecuador!
(La contempla algunos instantes con cariño.)
Y há tiempo me da cuidado.
Se va empañando su tez.

(Se levanta, se acerca á ella y la mira con afan.)

¡Qué ojeras! ¡Qué palidez!
¡Mucho se ha desmejorado!
Al principio era una rosa.
Y hoy tambien... pero marchita.
¡Naturaleza maldita,
¿por qué no ha de ser hermosa
ahora y siempre como ayer?

MARÍA. (Aparte y fingiendo que duerme.)
¡Con qué amor me está mirando!
Estará el pobre pensando
¡qué divina es mi mujer!

JORGE. (Como hablando consigo mismo.)
No tal: el que me interese
por su salud, ¿qué supone?
esto ni quita, ni pone...
y no es decir que me pese
el conyugal sacrificio.
No señor, no: poco á poco:
la amaba ayer como un loco,
y hoy como un hombre de juicio.

MARÍA. (Aparte.) Delira el pobre por mí.

JORGE. Serán las once lo ménos.

MARÍA. ¡Bah, los hombres son muy buenos!
y él, el mejor, eso sí.

JORGE. (Mirando el reloj.)
¡Qué disparate! ¡las nueve!
¡Las nueve! ¡y yo que creia!...

(Pausa.)

De manera que aún podia
si fuese un esposo aleve...
y áun sin serlo, y bien me fundo:
y áun amando á mi mujer.
Claro: me bastaba ser
lo que soy; hombre de mundo.
En visitar el salon
de una dama principal,
¿dónde está, señor, el mal:
ni dónde está la traicion?

(Breve pausa.)

Sin embargo, no me atrevo.

(Saca una carta y lee despacio y sonriendo. María le observa.)

MARÍA. (Aparte.) Saca un papel del bolsillo:
¿qué podrá ser?

JORGE. Bien sencillo
fuera el caso y nada nuevo.
Pero no señor, yo soy
¡tan escrupuloso en todo!
que yendo Adela, no hay modo:
yendo Adela, yo no voy.
Pensara que yo acudia
á la cita que me da...
porque es una cita. (Mostrando la carta.
Ya...
no voy: no. ¡Pobre María!
Y Adela es linda ¡eso sí!
más linda no puede ser.

¡Señor! ¿qué hará esa mujer
para conservarse así?
Vamos, parece que acopia
primaveras la maldita.
En cambio ¡se nos marchita
tan pronto la mujer propia!
Tentacion, ¡aparta, aparta!
¡Alerta, alerta, conciencia!

MARÍA. Se me acabó la paciencia.
Yo quiero ver esa carta.

JORGE. (Leyendo la carta para sí y riendo.)
¡Qué mona!

MARÍA. ¡Jorge querido!
(Viniendo de puntillas sin que él lo note y abrazándole de repente. Jorge da un grito, se vuelve, y esconde detrás de su propio cuerpo ambos brazos, pasando la carta de una mano á otra sin saber lo que se hace.)

JORGE. (Aparte.) ¡Ay Vírgen del Tremedal?

MARÍA. ¿Te he dado un susto?

JORGE. No tal.
¡Ola!... ¡qué bien has dormido!

MARÍA. Y ¿no me das un abrazo?

JORGE. Pues ¿no he de darte, alma mia!
¡mi bien!... ¡mi amor!
(Le abraza con uno de los brazos, el izquierdo, por ejemplo, ocultando siempre el otro con la carta.)

MARÍA. Yo queria
tambien con el otro brazo.

JORGE. Con el otro si tú quieres,
y mil quisiera tener

para abrazarte, mujer
sin par entre las mujeres.

(Oculta detrás de sí el brazo izquierdo, pasa de mano el papel, y libre ya el brazo derecho, abraza con él á María.)

MARÍA. Pues con los dos á la par.
Vamos...

JORGE. (Aparte.) Me pone en un brete.
¿Dónde escondo este billete?

(Hace un movimiento, pero le observa María con tanta atencion, que se detiene.)

MARÍA. ¡No me quieres abrazar?

JORGE. ¡No he de querer! ¡Con violencia!
¡Con...

(Procura pasar rápidamente los dos brazos para ceñir el cuerpo de su mujer, pero ésta le detiene, por decirlo asi, al vuelo, y le coge la mano en que tiene la carta.)

MARÍA. ¡Espera!

JORGE. (Aparte.) ¡Me ha cogido!

MARÍA. ¿Qué es ese papel, querido?

JORGE. ¿Este?...

(Sin saber lo que se dice.)

La Correspondencia.
Es decir... no la de España...
sino la mia... ¿comprendes?

MARÍA. Pues dámela. (Queriendo coger la carta.)

JORGE. Tú no entiendes... (Retirándose.)
y además... es mala maña...

(Entre bromas y veras.)

Porque... vamos... hay respetos...

MARÍA. Perdona, Jorge; creia
que entre los dos nunca habria
ni misterios, ni secretos. (Con tristeza.)
Guarda, guarda ese papel:
fuí curiosa y criminal.
¡Me acostumbraste tan mal
en nuestra luna de miel!

JORGE. Vaya, ya te has enojado:
y hasta pienso que supones...

MARÍA. Si digo que me perdones.

JORGE. Mira, si no te he enseñado
esta carta, sólo ha sido...
por modestia... por pudor...
por no causarte rubor...
porque, en fin... ¿me has comprendido?

MARÍA. Ni una palabra.

JORGE. Durmiendo
¿no estabas há poco?

MARÍA. Sí.

JORGE. Pues me levanto: de allí,
(Señalando la mesa que está á la derecha.)
con mucho cuidado, abriendo
el cajon, saco ¡hasta veinte!
¡todas tus cartas de novia!...
y la razon es bien obvia.

MARÍA. (Aparte.) ¡Válgame Dios, cómo miente!

JORGE. Escojo la más amante,
y son las horas momentos

leyendo tus juramentos,
y mirando tu semblante.

MARÍA. ¡Ya!...

JORGE. Quiero que te avergüences

(Con aire triunfante.)

de tu enojo. ¿No me crees?
De este modo ha sido.

(Va á la mesa: abre un cajon, saca un cofrecillo, vuelve al lado de María, levanta la tapa y se lo presenta con solemnidad cómica dejándolo sobre el velador.)

¿Ves?
Y ahora, díme, ¿te convences?

MARÍA. Con prueba de tal valor.
¿qué remedio?

JORGE. ¡Esposa amada!

MARÍA. (Aparte.) De que soy muy desdichada
y de que eres muy traidor.

JORGE. Ahora el cuerpo del delito
lo vamos á poner dentro.

(Quiere meter el billete en el cofrecillo; pero María le detiene.)

MARÍA. Espera, Jorge.

JORGE. En el centro.

MARÍA. Sí, pero ántes necesito...

(Insistiendo por apoderarse de la carta. En este momento fija la vista en el interior del cofrecillo.)

¿De quién son esos retratos?

(Va á sacar dos retratos. Jorge apresuradamente se los quita y los oculta entre sus manos, dejando siempre el cofrecillo sobre el velador.)

JORGE. ¡No puedes verlos, María!
(Con seriedad y enojo.)
MARÍA. Verlos quiero. (Con violencia.)
JORGE. ¡Qué porfía!
MARÍA. ¡Tengo celos!
JORGE. Insensatos
y hasta ridículos son.
Ofenden mi dignidad.
MARÍA. ¡Jorge! ¡Jorge! ¡por piedad!
JORGE. ¡Que no ha de ser! ¡no es razon!
(Se separa de ella y se pasea mostrando gran enojo.)
MARÍA. ¡Me engañas! No, no te rias.
¡Me engañas!
JORGE. ¿De qué lo infieres?
MARÍA. ¿De qué? De que no me quieres,
Jorge, como me querias.
JORGE. No digas eso, por Dios.
MARÍA. Tú no me los dejas ver (Señalando los retratos.)
porque son de una mujer
¡por lo ménos! ¡ó de dos!
JORGE. Te juro que no.
MARÍA. Mentira.
Si no la prueba no eludas.
JORGE. Es que me ofenden tus dudas.
MARIA. No te creo.
JORGE. ¿No? ¡Pues mira!
(Con aire de superioridad y de triunfo le muestra los retratos y se los da.)
MARÍA. ¡Jorge!...

(Cambiando de tono, avergonzada y humilde.)

¡los retratos nuestros!
De cuando éramos así...

(Con la mano indica la altura de un pequeñuelo. Jorge la contempla todavía con aires de vencedor.)

JORGE. ¿Y tus celos?

MARÍA. ¡Ay de mí!

JORGE. (Aparte.) ¡Estos son golpes maestros!
Despertar celos sin causa:
resistir con dignidad:
ceder al fin por piedad,
tras de majestuosa pausa:
su injusticia hacerle ver,
y darle al fin el perdon,
que es quitarle la razon
por si la llega á tener.
Aunque conserve recelos
hoy al ménos se somete:
hoy no me pide el billete;
y, en fin, para darme celos
y volver á sus manías,
mi mujer angelical,
perdió la fuerza moral
lo ménos por ocho dias.

MARÍA. (Que ha estado contemplando los retratos, levanta la vista y dice con aparente humildad.)
Perdon. No temas que forje
de sospechas otra historia.

JORGE. ¿Con que es mi virtud notoria?

MARÍA. (Aparte.) Ya lo veremos.
Sí, Jorge.
Y ahora dáme, que yo misma
de mi culpa en penitencia,
sin apurar tu paciencia
con nuevo amoroso cisma,
el cofrecillo tirano
que nuestra paz compromete,
respetando ese billete
he de guardar por mi mano.

(Coge el cofrecillo y se lo presenta abierto á Jorge; éste pone dentro la carta mezclándola con las demás. María lo lleva á la mesa de la derecha y lo pone en el cajon donde estaba.)

JORGE. (Aparte y siguiendo con la vista á María.)
Ya entró el bajel en el puerto.
¡Si es más mona y es más suave!

MARÍA. (Aparte.) Finjo así que echo la llave,
y queda el cajon abierto.

(Vuelve al centro y entrega la llave de la mesa á Jorge, que la guarda con afan.)

JORGE. ¿Y nuestros retratos? (Queriendo cogerlos.)

MARÍA. (Que los ha conservado en la mano.) No:

(Jorge se sienta en el sofá, y desde este momento comienza á dar señales de cansancio. Maria se sienta á su lado.)

me recuerdan el cariño,
que entre la niña y el niño
en otro tiempo existió:
gemelos como dos palmas,

sin sospechas ni traiciones,
más que el de dos corazones
fué el cariño de dos almas.
¡Así fuiste y así fuí!
¡Si parece una quimera!

JORGE. He de guardarlos.

MARÍA. No; espera:
mejor estarán aquí.
(Estrechándolos contra su seno.)
Tu imágen, Jorge, y la mia,
cual eran en su niñez,
deja que rocen la tez
del seno de tu María.

(Cuando María va á guardar los retratos en el pecho Jorge la detiene y los mira, pero con cierta distraccion.)

JORGE. Tú con tu rostro ovalado,
y tus blancos piececitos...
¡Yo con mis pantaloncitos
y mi cabello rizado!
¡Y apénas me daba tono!
(Pausa.)
La edad es un contratiempo.
¡Pensar que ha habido otro tiempo
en que yo he sido muy mono!

(Pausa. Jorge cada vez parece más aburrido. María, despues de contemplar los retratos con cariño los guarda en el pecho,)

¡Todo gira en rededor!

¡Todo vuela! ¡Todo pasa!...
(Aparte.) Ménos el tiempo que en casa
se pasa si pasó amor.

MARÍA. Bien un poeta italiano
tu pensamiento interpreta.

JORGE. Sin que lo diga el poeta
lo sabe cualquier cristiano.
Pero en fin, si ello ha de ser
y no dijo un disparate,
dinos lo que dijo el vate.

MARÍA. Dijo así.

JORGE. Vamos á ver.

(Jorge se tiende más en el sofá y de cuando en cuando cierra los ojos. Pausa.)

MARÍA. No existe lo pasado,
que el tiempo lo ha borrado,
y sólo en lontananza
lo ve la remembranza.

—

Lo futuro no existe,
aunque en galas lo viste,
y hácia su encuentro avanza
la crédula esperanza.

—

Existe lo presente,
mas del tiempo el torrente
cuando un instante llega,
en la nada lo anega.

—

De suerte que estrechada
entre una y otra nada,
la vida es en conjunto,
una memoria, una esperanza, un punto.

(Pausa.—María contempla tristemente á Jorge, que se ha dormido.)

Jorge... ¿Te vas á dormir?

JORGE. No: medito, vida mia.

MARÍA. ¿Meditas?

JORGE. En tu poesía.
Y he venido á deducir,
y me estoy haciendo cargo,
que en nuestro humilde planeta,
¡ese *punto* del poeta!....
(Aparte.) es esta noche muy largo.

MARÍA. Que te cansas junto á mí,
bien en tu rostro adivino.
Obedeciendo al destino
mi sér entero te dí.
De mis brazos el calor,
de mi frente la pureza,
de mi seno la terneza
y las ansias de mi amor.
Y cuando todo mi sér
te dí por siempre jamás...
« Si no puedes darme más, »
pensaste, « vete, mujer. »

JORGE. No, mi dicha, mi ilusion,
¡alma que mi alma bendice!

MARÍA. Eso tu boca lo dice,
pero no tu corazon.

JORGE. No te enojes.

MARÍA. ¡Yo enojarme!
Es una broma, bien mio.
¿No estás viendo que me río?
¿De qué puedo yo quejarme?
Que el marido y la mujer
fuesen uno, quiso Dios:
tú y yo ya no somos dos;
formamos un solo sér.
Y al habernos confundido...
cuando un sér se encuentra solo...
sin culpa, malicia ó dolo...
¿qué remedio? está aburrido.

JORGE. (Riendo.) La sentencia que te oí
reciprocidad implica,
que si á tu esposo se aplica,
se aplica tambien á tí.

MARÍA. No en verdad.

JORGE.. ¿Por qué razon?

MARÍA. Explicarlo no sabré.

JORGE. Porque no es cierto!

MARÍA. Sí á fe.
Oye esta comparacion.

JORGE. (Aparte.) ¡Más versos! ¡Bien se desvela
por mí! que soy tan perverso,
que no encuentro mejor verso
que uno sin R y de Adela.

Y poco importa á fe mia
la letra con que se escribe,
porque un beso se recibe
hasta sin ortografía.
(Se prepara á oir con resignacion y cansancio.)

MARÍA. Bajando va por el frondoso valle
corriente cristalina,
abriendo presurosa estrecha calle
en la espadaña que al pasar se inclina
y le ruega que calle.

De la tendida vega allá en el fondo,
vió la pobre corriente desde el monte,
el seno al contornear ancho y redondo,
como cinta de luz, del horizonte
bajar un rio turbulento y hondo.

Le vió, le amó, saltó de roca en roca:
le llamó sollozando porque espere:
la verdura apartó que la sofoca:
y en el seno del rio por fin muere,
espumante, deshecha, impura, loca.

Ella dejó de ser, no el ancho rio,
que sus riberas son más y más largas.
Su pureza bebió caudal bravío
deshecha en gotas, lágrimas amargas,
que enriquecieron de *él*, el seno frio.

(Pausa.)

JORGE. Bonita comparacion.
Y dí ¿dónde la aprendiste?
¿en algun libro?

MARÍA. Y muy triste.

JORGE. ¿Cuál es?

MARÍA. El del corazon.

JORGE. Pues yo penas no te he dado
ni he de dártelas jamás.

MARÍA. ¿No comprendo yo que estás
hastiado, Jorge?

JORGE. ¡Yo! ¿hastiado?
¡Qué idea! (Se levanta: María se levanta tambien.)
(Pausa.—Con tono cariñoso y confidencial.)
¿No has comprendido
lo que esta noche me pasa?
Quisiera quedarme en casa,
y ayer me han comprometido
y me esperan... los de Urbina;
para hablar... pues... de un asunto,
allá del pueblo, al presunto
diputado La Cortina.
No querrás ir, y en rigor
yo no debia faltar.
Tampoco te he de dejar.
Y ahí tienes mi mal humor.

MARÍA. (Con tono zalamero.)
Y por caso tan sencillo
¿has estado triste?

(Aquí María y Jorge hacen unas cuantas monadas queriendo engañarse uno á otro.)

Vete.

(Aparte.) Y en tanto busco el billete.

JORGE. No te empeñes.

MARÍA. ¡Pobrecillo,
qué cariñoso!

JORGE. Así soy. (Con mimo.)

MARÍA. ¡Y qué leal!

JORGE. No te dejo. (Lo mismo.)

MARÍA. Pero si yo no me quejo.
Si es muy justo.

JORGE. ¡Que no voy!
¡Yo dejarte! ¡qué crueldad!

MARÍA. ¡Si es sólo por una vez!

JORGE. (Aparte.) Adela dice «á las diez.»

(Sin querer mira al reloj de sobremesa. María lo mira tambien siguiéndole la vista.)

MARÍA. Las nueve y media.

JORGE. En verdad...
lo que es tiempo... tiempo tengo.
Y á todo estar... estaria
dos horas. ¿Eh?

(Consultando con su mujer.)

MARÍA. Sí.

JORGE. María...

MARÍA. Vamos.

JORGE. No; pues te prevengo
que no estoy más de hora y media.

MARÍA. Cuanto más pronto te vayas,
más pronto...
JORGE. Cierto.
MARÍA. (Aparte.) Tú ensayas
conmigo infame comedia.
Mas yo arrancarte sabré
el disfraz.
¡Qué! ¡no te vistes!
JORGE. ¡Estamos los dos tan tristes!
(Con mucho mimo.)
MARÍA. Vamos...
JORGE. Voy, y volveré
al momento, vida mia.

(Se dirige á una de las puertas laterales: María le acompaña quedándose á cierta distancia.)

¿Me quieres?
MARÍA. ¡Con frenesí!
¿Y tú me quieres á mí?
JORGE. ¡Quererte!
MARIA. ¡Jorge! (Corriendo hácia éi.)
JORGE. ¡María!

(Abrazándose: despues sale Jorge.)

ESCENA II.

MARÍA.

Viene al centro: despues va á la mesa, abre el cajon, saca el cofrecillo y lo trae al sofá, en donde lo deja, sentándose ella al mismo tiempo.

Al fin sola. Soy mujer
y tengo celos. Valor.
¡Lazos divinos de amor,
pienso que os quieren romper!

(Va sacando cartas del cofrecillo, las empieza á leer, y cuando conoce que son suyas, las deja á un lado.)

«Hago mal en contestar...»
Esta es mia: la segunda.

(Sacando otra y leyendo.)

«Dice usted que es muy profunda...»
Tambien es mia. Al firmar
mi padre me sorprendió:
en el pecho la guardé,
y es natural, la arrugué:
él lo supo y la besó.

(Da un beso á la carta y la deja sobre el sofá.)

«Si está abierta...» La ventana.
«Por siempre...» Cuando reñimos.
«¡Qué tarde...» Sí: cuando fuimos
juntos á la Castellana.

« Dentro va... » La de la trenza.
« Tú lo quieres... » La del lazo.
« Pues bueno, fija tú el plazo,
porque á mí me da vergüenza. »

(Pausa.—Limpiándose los ojos.)

¡ De amor aurora divina !

(Sacando otra carta más y mirándola con extrañeza áun ántes de leerla.)

¡ No es mi letra !... ¡ No !... ¡ Yo muero !
¿ Qué dice ?...

(Acercándose con ansia á la luz y leyendo.)

« ¡ Adela !... » « Te espero
en casa de los de Urbina. »

(Larga pausa.—María vacila y al fin cae en el sofá: se oprime el pecho con las dos manos: va á decir algo y nada dice: seca su llanto y al mismo tiempo una vaga sonrisa se dibuja en sus labios.)

Sentí en el pecho mio
cual si algo se rompiera,
cual si un acero frio
el corazon me hiriera.
Horrible desengaño
mató su amor aquí:
y algo á la vez extraño
brotó dentro de mí.
Mezclóse con ternura
en misterioso hervor,
á un grito de amargura,
un latido de amor.
Por Jorge escarnecida

cuando pensé morir,
me siento con más vida
y nuevo porvenir.
(Levantándose.)
Mi sér se ha desgajado
en dos distintos séres:
el uno grita airado:
« ¡ Verdad que no le quieres?
¿que no es digno de tí? »
Y el otro de los dos:
« ¡ Perdónale por mí,
perdónale por Dios! »
Los lazos del pasado
en trizas rotos veo.
Mi Jorge me ha engañado...
¡ Y en el amor aún creo!
¡ Que en resplandores rojos,
cual mística vision,
ángel de azules ojos
me pide su perdon!
¡ Nunca el amor se agota;
nunca el amor se acaba;
del alma herida y rota
áun surge como lava!
¡ Por algo soy mujer:
mi dicha está en llorar:
debiera aborrecer:
y sólo puedo amar!
(Cae llorando en el sofá. Despues se levanta, guarda

todas las cartas en el cofrecillo, lo lleva á la mesa y cierra el cajon. Vuelve de nuevo junto al velador y queda pensativa.)

Y siento orgullo
no sé por qué:
y aunque mi pena,
no, no se fué,
me da alegría,
Vírgen María,
lo que yo sé.

—

Lo sé yo, Madre
del pecador;
pero él lo ignora,
y ese es su error.
Si él lo supiera,
¿cómo pudiera
darme dolor?

(Coge un almanaque que hay sobre la mesa y empieza á hojearlo.

ESCENA III.

MARÍA.—JORGE en traje de sociedad.

JORGE. Con que adios, paloma mia.
MARÍA. Adios, Jorge.
JORGE. ¿Estás leyendo?
Me voy, y vuelvo corriendo.
MARÍA. Vuelve pronto.
JORGE. Adios, María.

(Aparte y contemplándola con cariño. Ella sigue mirando el mismo libro.)

Vamos, soy un badulaque,
un mónstruo... ¿sospechará?...
(En voz alta y acercándose á ella.)
¿Lees una novela?
MARÍA. Cá.
JORGE. ¿Pues que lees?
MARÍA. El almanaque.
JORGE. ¿Anuncia revuelto?
MARÍA. Sí.
Por ahora mucho turbion.
Despues, por la Concepcion,
buen tiempo.
JORGE. Más vale así.

(Pausa.—María sigue con su almanaque: Jorge la observa.)

Lo estás repasando todo
á lo que veo.

MARÍA. Es preciso.
Si nos coge de improviso,
ya ves que apuro... no hay modo...

JORGE. ¡De improviso! ¿El qué?

MARÍA. (Levantando la cabeza.) Sí, hombre.
« San Lúcas... » no... « San Julian... »
« San Cleto... » ¡qué horror!... « San Juan. »

JORGE. Pero ¿qué buscas?

MARÍA. Un nombre.

JORGE. (Arroja el sombrero y el abrigo y se acerca á María.)
¡Un nombre, con afan tanto!
¿Qué demonio?

MARÍA. « San Antonio... »
¡Qué he de buscar un demonio,
si lo que busco es un santo!
¿Mas quién me dice que acierte:
quién el misterio quebranta?
¿Qué sé yo si es... santo... ó santa?
Lo echaremos á la suerte.

(Levantándose y dirigiéndose con afan á Jorge, como si se lo propusiera.)

JORGE. ¿Qué quieres decir, María? (Con emocion,)

MARÍA. Aquí en mi seno guardé
los retratos. Sacaré
uno al azar.

(Saca del pecho uno de los retratos, pero sin mirarlo.)

JORGE. ¡Qué! ¿sería!

MARÍA. Si salió el mio, elegimos
de niña un nombre gentil
y puro, en el mes de Abril.
Es lo que siempre dijimos.
Si es el tuyo, es necesario
que busquemos sin reposo
otro nombre, ¡el más hermoso
que exista en el calendario!
Pero no, dijimos mal:
al contrario debe ser:
no debemos escoger,
porque no es lo natural
nombre para este,
(Mostrando sin verlo el retrato que sacó.)
que ajeno
es al fuego que me inflama.
¡Sepamos cómo se llama
el que se quedó en mi seno!

JORGE. ¡Tú... la ventura me ofusca!
¿Qué dices? ¡Dílo otra vez!
¡Qué hermosa en su palidez!
¡Pronto mira!... ¡pronto busca!

MARÍA. (Con dulzura, pero con tristeza.)
No: déjame con mi achaque.
Mi belleza ya declina.
Es tarde... te espera Urbina;
y á mí... mi pobre almanaque.

JORGE. ¡No iré, no: dáme tus brazos!

MARÍA, ¡Pobres lazos, qué mal atan!

JORGE. Al compás que se desatan,
ata el amor otros lazos.

MARÍA. Dices bien, que su virtud
es divina cual su esencia,
y quiso la Providencia
de la cuna al ataud
mostrar al alma, en su anhelo
por otro mundo mejor,
que no se agota el amor
ni en la tierra, ni en el cielo.
Con amor en el regazo
maternal se inclina el niño
y es misterioso cariño,
y áun es dulcísimo lazo,
entre una ilusion perdida,
que ya el desengaño anega,
y otra ilusion que ya llega
á las puertas de la vida.
Juventud loca y audaz
ama el momento presente,
tanto más, cuanto más siente,
que es el presente fugaz.
Amarillenta la tez,
de los años bajo el yugo,
sin fe, sin vida, sin jugo
llega por fin la vejez.
Parece que todo amor
murió en la implacable guerra
del espíritu y la tierra,

del alma con el dolor;
¡pero no! ¡que brotan flores
áun en el desierto helado!
¡pero no! ¡que áun le ha quedado
el amor de los amores!
¡Que si de la muerte en pos
todo en polvo se derrumba,
hasta el borde de la tumba
proyecta su sombra Dios!

FIN.